

Somos Puerto Rico: la diáspora puertorriqueña en Chicago es un modelo de organización y activismo

El sentido de comunidad del barrio boricua de esta ciudad comenzó a forjarse en los años de 1950

El profesor universitario y activista boricua, narra las diferencias que hacen especial a la comunidad Puertorriqueña de Chicago

Chicago.- Dolores López, “Don Lolo”, llegó al barrio boricua de **Chicago** el 1 de junio de 1950, el día de su 29 cumpleaños, cuando la comunidad apenas se formaba.

Para mediados de esa década, tan solo 255 personas residían en la ciudad.

A sus 102 años, López tiene aún en su memoria los destellos del naciente barrio boricua en el estado de Illinois.

Como millones de puertorriqueños de la isla, Don Lolo emigró en busca de “un mejor porvenir” y siguiendo la ruta de familiares inmediatos. Dos de sus hermanos, Balbino y Javier, ya estaban en Chicago.

Natural de **Gurabo**, **Don Lolo** –quien tiene tres hijas (Rosita, María y Gloria), ocho nietos y siete bisnietos–, se dedicó desde joven a ser un pequeño empresario.

En el barrio Mamey, tuvo una “quincalla”, donde vendía telas de mujeres, perfumes y productos de primera necesidad.



OMMO
PUERTO RICO
EN CHICAGO

(El Nuevo Día)

En Chicago, su primer trabajo fue puliendo los tacos de los zapatos en una fábrica de Florsheim. “Ganaba 85 centavos por hora”, contó el

pasado jueves, justo el día de su cumpleaños y del 73 aniversario de haberse mudado al barrio puertorriqueño de Chicago.

Luego, trabajó en la **General Electric** (GE), donde tuvo funciones de intérprete para los trabajadores boricuas y de otros países que no dominaban el inglés. Don Lolo había aprendido inglés en Puerto Rico y, por medio de un amigo, conoció un poco el francés. Mientras trabajaba en GE vendía café y mavi, que –asegura– eran de primera calidad.

Su primera casa la compró tres años después de llegar a Chicago, en la misma calle Division en la que está el Paseo Boricua, marcado desde el 6 de enero de 1995 por dos gigantescas banderas de acero.

Hasta 1983, Don Lolo vivió en el mismo edificio de la Division. Lo vendió a su hija menor, María Mercado, cuando decidió regresar a Puerto Rico, para estar cerca de sus padres.

Don Lolo expresa que vive orgulloso de ser ciudadano estadounidense, pero, a la misma vez, cuenta que, en Chicago, se enfrentó por vez primera a la discriminación y el abuso policial. Recuerda, al igual que sus hijas, la rebelión de 1966 en Humboldt Park después de que el puertorriqueño **Arcelis Cruz**, justo después del primer Desfile Puertorriqueño de Chicago, murió a manos de la Policía.

“Eran unos abusadores”, sostuvo. Su hija del medio, **Gloria Ramos**, tenía solo seis años. Pero no olvida cuando se asomó y desde la calle un policía, rifle en mano, le gritó que se saliera de la ventana.



Don Lolo expresa que vive orgulloso de ser ciudadano estadounidense, pero, a la misma vez, cuenta que, en Chicago, se enfrentó por vez primera a la discriminación y el abuso policial. (Especial para El Nuevo Día / Samuel Reyes)

Cuando compara con Puerto Rico, Don Lolo dice que “nuestro país es un país de amistad; a todo el que llega se le da oportunidad para que se desarrolle”.

Don Lolo regresó a Chicago, en 2017. Esta vez, como refugiado tras el huracán María. Sus hijas le trajeron de vuelta al barrio.

Ahora, después de un golpe en la cadera, está bajo cuidado permanente en un centro para personas de la tercera edad, a unos 15 minutos de su antigua casa.

Dos de sus hijas –María, maestra de educación especial, y Gloria, asistente administrativa– se jubilaron de la escuela secundaria Roberto Clemente, en la entrada del Paseo.

En casa de Don Lolo siempre se hablaba en español. María recuerda que su madre **Natividad Carrasquillo**, fallecida en 2012, le decía, “tú te tragaste un americano”, cada vez que empezaba a hablar en inglés. “Teníamos que leer la Biblia en español. Tenían altas normas para nosotros”, dijo María.



Dolores López, conocido como Don Lolo, migró a la ciudad de Chicago en 1950. En la foto, el puertorriqueño junto a

sus hijas (izquierda a derecha) María, Gloria y Rosita. (Especial para El Nuevo Día / Samuel Reyes)

Las tres hijas de Don Lolo nunca perdieron la conexión con la isla, pues su madre trabajaba cuidando niños para poder financiar que pasaran los veranos con los abuelos, en Puerto Rico.

La historia

Don Lolo y su familia son testigos de la historia de la emigración boricua a Chicago, que habría comenzado a notarse en la década de 1950, en el sur y sureste de la ciudad.



Un grupo importante de boricuas vino a trabajar en hoteles y empresas de servicio. Mujeres fueron contratadas para la industria de la aguja y como empleadas domésticas, un trabajo que, incluso, estimulaba el gobierno de Puerto Rico. (Especial para El Nuevo Día / Daniel Delgado)

“Muchas personas vinieron contratadas por agencias de trabajo”, narró **José López Rivera**, profesor de la Universidad de Illinois, director ejecutivo del **Centro Cultural Puertorriqueño Juan Antonio Corretjer** de Chicago – que conmemora este año su 50 aniversario– y arquitecto de varias de las instituciones del barrio.

Con la llegada de los boricuas, grupos étnicos europeos se movían fuera de la zona del barrio boricua, en los alrededores del parque Humboldt. Don Lolo recuerda cómo los polacos fueron saliendo del barrio. “Cuando empezamos a vivir allí, empezaron a irse”, dijo.

Un grupo importante de boricuas vino a trabajar en hoteles y empresas de servicio. Mujeres fueron contratadas para la industria de la aguja y como empleadas domésticas, un trabajo que, incluso, estimulaba el gobierno de Puerto Rico.

Otros dejaban la zona del noreste, incluido Nueva York, en busca de mejores condiciones de trabajo en Chicago. “Se escapaban de los campos agrícolas”, dijo el profesor López Rivera.

Los trabajadores migrantes boricuas se fueron moviendo en dirección del medio oeste poco a poco: primero, a zonas más cercanas de Nueva York en el este, como Filadelfia, y otras localidades de Pensilvania, como Bethlehem y Allentown; luego, hubo quienes se asentaron, por ejemplo, en Lorraine, Ohio; y en East Chicago, Indiana, ya a las puertas de Illinois.

“Todo fue parte del plan de desarrollo industrial de Puerto Rico, el discurso de Manos a la Obra sobre la sobrepoblación, para alentar la emigración”, indicó **Gina Pérez**, profesora de Estudios Comparativos Americanos en Oberlin College en Ohio.



El Paseo Boricua se destaca por su arte público. Más de 80 murales adornan este pequeño microcosmos de Puerto Rico en la diáspora. (Especial para El Nuevo Día / Daniel Delgado)

En Chicago, esos grupos de emigrantes provenían, en gran medida, de pueblos de la ruralía puertorriqueña.

En el barrio, muchos son de San Lorenzo, San Sebastián y Jayuya. Una de las barberías del área tiene hoy como nombre “Jayuya Barber Shop”. Luquillo y Yauco también dan nombre a negocios del barrio, repleto de banderas y donde se batalla contra la gentrificación.

López Rivera, natural de San Sebastián, sostuvo que boricuas de la ruralía que se habían ido, por ejemplo, a trabajar en la industria de espárragos en Nueva Jersey, de tomates en Nueva York o del tabaco en Connecticut, “se van hacia centros urbanos en que estaba establecida la industria del acero, que eran trabajos no muy buenos, pero mejores que los que tenían en los campos agrícolas”.

En el caso de los López Rivera –que no tienen relación familiar con Don Lolo–, aunque el patriarca de la familia había estado y viniendo de Puerto Rico, se establecieron permanentemente en el barrio a finales de la década de 1950.

Para la década de 1960, ya había más de 32,000 boricuas en Chicago. Y para la década de 1970, la comunidad había pisado fuerte, respondiendo a la discriminación y la represión policial. Hoy, la población ronda los 100,000.

La profesora Pérez, quien hizo un estudio sobre la emigración de San Sebastián a Chicago, considera que los puertorriqueños comenzaron a hacerse visibles en el área de Lincoln Park. “Como ahora se denuncia el desplazamiento que ocurre en Humboldt Park, eso ocurrió también en Lincoln Park”, sostuvo Pérez.

Inicialmente, sin embargo, hubo unas siete u ocho comunidades boricuas distintas en Chicago.

Activos y organizados

Hay consenso de que la comunidad boricua de Chicago ha sido la más activa y mejor organizada en Estados Unidos.



“Muchas personas vinieron contratadas por agencias de trabajo”, narró José López Rivera, profesor de la Universidad de Illinois, director ejecutivo del Centro Cultural Puertorriqueño Juan Antonio Corretjer de Chicago –que conmemora este año su 50 aniversario– y arquitecto de varias de las instituciones del barrio. (Especial para El Nuevo Día / Daniel Delgado)

“El Paseo Boricua es, quizás, el barrio puertorriqueño más emblemático en Estados Unidos. Es la comunidad puertorriqueña más militante en el sentido político tradicional y particularmente con respecto al nacionalismo”, dijo el antropólogo **Jorge Duany**, profesor de la Universidad Internacional de Florida (FIU).

En Chicago, además, los boricuas desarrollaron con fuerza el concepto de latinidad, compartido allí principalmente con los mexicanos, la comunidad hispana más numerosa de la ciudad y el estado, sostuvo el profesor Duany.

López Rivera destacó que las primeras formas de organización comunitaria se dieron a través de las pequeñas bodegas puertorriqueñas, que solían reunir a las personas de un mismo pueblo. Como en otras ciudades estadounidenses, los puertorriqueños formaron clubes basados en el pueblo de su origen.

“La gente iba los sábados a hacer la compra, pero, a la misma vez, se intercambiaban las noticias de lo que había ocurrido en el pueblo. Era también una forma de ayuda mutua. Se hacían colectas para ayudar a familias si alguien se había muerto en Puerto Rico”, indicó López Rivera.

Las iglesias del vecindario fueron otro motor clave de la comunidad. “La primera organización puertorriqueña son los **Caballeros de San Juan**. Se establece también las **Hijas de María**. Cada iglesia tenía su propia identidad”, explicó el profesor López Rivera. Los Caballeros de San Juan fundan, además, la primera institución bancaria boricua.

Para Don Lolo, muy religioso, su centro de reunión era la Iglesia Bautista Central. Las salidas familiares a comer solían ser a Café Central, que aún existe.

La rebelión de 1966

La primera manifestación pública de la comunidad fue el Desfile Puertorriqueño de Chicago, en 1966. Entonces, tenía lugar en el centro de la ciudad.

Tras ese primer Desfile, se dio, además, la primera gran rebelión de la comunidad, después del incidente en el que la Policía dio muerte a Arcelis Cruz y el que Don Lolo y su familia recuerdan con claridad.

En medio de la represión y discriminación a que se enfrentaban, la comunidad respondió con fuertes protestas. “La gente se tiró a la calle para denunciar el abuso policíaco, el maltrato y la marginación”, dijo el profesor López Rivera, al destacar la lucha por la educación bilingüe, servicios de salud y mejores condiciones de vida.

En Chicago, en 1968, nacieron los Young Lords, inspirados en las Panteras Negras y bajo el liderato de José “Cha Cha” Jiménez.

Sus miembros formaron inicialmente una pandilla, pero se transformaron en un grupo que luchó en favor de mejores condiciones de vida de los puertorriqueños en Estados Unidos, la descolonización y la independencia de Puerto Rico.

Chicago fue, además, sede de una de las células del grupo clandestino independentista **Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN)**, del que formaron parte, entre otros, los dos prisioneros políticos puertorriqueños que más tiempo han cumplido en cárceles estadounidenses, **Oscar López Rivera** (casi 36 años) y **Carlos Alberto Torres** (30).

Tanto Oscar López Rivera, hermano de José, como Torres fueron organizadores importantes del barrio.

El profesor López Rivera afirmó que el [Negociado Federal de Investigaciones \(FBI, en inglés\)](#) hizo todo lo posible por tratar de vincular las instituciones que recién comenzaba a crear la comunidad e, incluso, a él, con las FALN.

“Luchar contra toda esa perspectiva fue bien difícil. Muy poca gente sabe lo que es la represión, fue un proceso bien difícil”, dijo el profesor López Rivera, quien fue encarcelado durante siete meses por negarse a cooperar con la investigación de un gran jurado federal.

El tiempo, considera, les dio la razón. “Nuestro trabajo siempre ha sido público, se puede ver”, sostuvo el profesor y director del Centro Cultural.

La concentración poblacional

La emigración puertorriqueña de las últimas dos décadas ha estado principalmente encaminada a Florida, sobre todo hacia el centro de ese estado.

Más de 1.2 millones de puertorriqueños viven en Florida, superando a Nueva York, donde el total ahora ronda el millón.

Pero, en términos de ciudades –aunque en términos proporcionales muy por debajo de municipios como Kissimmee (Florida) o Hartford (Connecticut)–,

Chicago solo está por detrás de la ciudad de Nueva York y Filadelfia.

El profesor López Rivera dijo que, como ha ocurrido en Nueva York, muchos puertorriqueños de Chicago han optado en los últimos años por irse a vivir a Florida, algunos en busca de un mejor clima y otros pensando que era un buen momento para capitalizar en el incremento del precio de su vivienda.

En un momento dado, Chicago –ahora con 2.6 millones de habitantes– fue “la segunda ciudad de más población puertorriqueña”, dijo el profesor Duany.

Según el profesor **Carlos Vargas Ramos**, del **Centro de Estudios Puertorriqueños de Nueva York**, la población boricua de Chicago alcanzó 119,866 en 1990, pero había quedado en unos 100,000 en 2020.

María y Gloria –hijas de Don Lolo– coinciden en que, sin tachar los logros alcanzados en el barrio, quisieran ver un mensaje de mayor diversidad y que falta mucho por hacer en el área de seguridad.

El peso político

La fuerza política de la **diáspora de Chicago** también ha ido en crecimiento, desde que **Luis Gutiérrez** se convirtió, en 1986, en el primer concejal municipal del barrio y luego, por 26 años, en su congresista.

En este momento, hay seis boricuas en el Concejo Municipal, dos senadores estatales Cristina Pacione-Zayas y Omar Aquino, y dos representantes estatales, Fred Crespo y Lilian Jiménez, de padre puertorriqueño y madre mexicana.

Pacione-Zayas, de padre boricua y madre italiana, dejará próximamente la Legislatura para convertirse en la primera persona puertorriqueña en ocupar el puesto de principal subjefe de Gabinete de un alcalde de la ciudad, tras ser designada por el recién electo Brandon Johnson.

El activismo ha potenciado la creación de instituciones paralelas que han dado fuerza a los reclamos de la comunidad, como el Centro Cultural Puertorriqueño –que celebra este año su 50 aniversario–, el Museo Nacional de Arte y Cultura Puertorriqueña, la escuela secundaria Pedro Albizu Campos, el Centro Cultural Segundo Ruiz

Belvis, la compañía de teatro UrbanTheater y el Desfile Puertorriqueño de Chicago, que ahora recorre el barrio.

“Hemos creado un modelo de instituciones paralelas para llenar las necesidades inmediatas de la comunidad, sin dejar de plantearnos, obviamente, que la sociedad tiene responsabilidad”, sostuvo el profesor López Rivera.

Desde el 6 de enero de 1995 –como parte de la festividad de aquel día de los Tres Reyes Magos–, dos gigantescas banderas de acero marcan la zona del Paseo Boricua.

Las banderas –según el director ejecutivo del Museo Nacional de Arte y Cultura Puertorriqueña, **Billy Ocasio**, quien como el concejal municipal del barrio impulsó la idea– dieron a la comunidad un sentido de pertenencia que avivó, al mismo tiempo, el desarrollo comercial boricua en la zona.

“Con las banderas, queríamos celebrar el hecho de que la bandera puertorriqueña fue adoptada por los boricuas en la diáspora. Es el símbolo de nuestra puertorriqueñidad”, dijo el profesor López Rivera, al insistir en que tiene relevancia que los boricuas de comunidades como Chicago son “los que rescatan la bandera de Puerto Rico de la anonimidad y la ilegalidad”.